

20
m-3
COLECCION ARIEL

1919
LUIS DOBLES SEGREDA

Cuaderno n.º 93

El clamor de la tierra

De un optimista a un pesimista



SAN JOSE, COSTA RICA, C. A.
Imprenta Greñas

Se abraza devotamente
Luis

El clamor de la tierra (*)

Conferencia leída en la asamblea de profesores de Segunda Enseñanza que se reunió en la Escuela Normal de Costa Rica en el mes de enero último.

Señores profesores:

Después de esa borrasca magnífica que agitó el apacible lago de nuestras asambleas, yo, que no tuve entonces la osadía de echar en ella mi barca, seguro de su debilidad, vengo ahora, serenamente, a que me perdonéis de una vez por todas mis pecados y éste con todos.

Dije al principio que si este Congreso de Profesores resolvía o discutía las dos primeras cuestiones propuestas, habría hecho obra mejor que si todas las tesis se hubieran escapado lentamente por el atajo de pasivismo de una lectura.

Hemos discutido y ha brotado bastante luz.

* Luis Dobles Segreda, profesor primero del Liceo de Heredia, y hoy de la Escuela Normal Nacional, es uno de los jóvenes de más alto espíritu de Costa Rica, y de los que, al mismo tiempo que la cultura intelectual, habrán de impulsar el progreso material de su país. Estudioso al par que pensador, ni malgasta sus ocios en futilidades, ni hace mal uso de sus energías.—E. E.

Celebro que la reunión de estas mañanas apacibles, dedicadas a la simple lectura de trabajos, haya sido ahora campo donde surge magnífico y campea brioso el patrio pensamiento. Ahora sí creo que está puesta la antorcha sobre la montaña del propósito.

A riesgo de robaros otros treinta minutos, vengo a traeros un pensamiento muy sereno y muy sincero.

Cuando dije que resolver estas dos primeras cuestiones era el problema capital del Congreso, no me equivoqué del todo, pero me equivoqué.

Pregunto yo si resolver la segunda cuestión ¿no habría sido resolver la primera y resolverlas todas?

La posesión de esa tierra y la alta grandeza de esa tierra y la conquista de esa tierra por los más diestros, que fué la bandera desplegada en el dictamen de la Comisión, estaban a mi entender dentro de la segunda tesis.

Resuelta ésta, la otra quedaba resuelta.

País que tiene arregladas sus cuestiones económicas y sociales es país libre, quieran o no quieran los yankees, los turcos o los japoneses; que peligros rubios o amarillos no han de faltar todos los días, y la ausencia de uno no es sino el anuncio de otro nuevo.

Pero país que tiene ordenadas con seriedad su posición económica y social no tiene por qué temer los problemas internacionales, que se desarrollan indefectiblemente en torno suyo, quiera o no quiera.

Bélgica, la Santa; Bélgica, la Heroica; Bélgica la Admirable, después de este desastre, surgirá como un fénix, de su propia ceniza, para cubrir su grandeza con el manto de su gloria; y este moderno "Juan Sin Tierra", será rey de todos los corazones que con él palpitan en el supremo instante de esta angustia mortal. Pero Bélgica era Bélgica.

No se borra de un continente una raza si no es cuando esa raza no tiene fisonomía propia, es decir, no es raza. Polonia y Albania viven para decirlo en esta hora.

Ya lo dijo el poeta, y la voz de los poetas es la voz de Dios: "Guillermo de Normandía hundió su hierro de cazador de pueblos en la garganta del leopardo inglés. No dejó piedra sobre piedra, del viejo edificio nacional; proscribió hasta la lengua de los conquistados, para instituir como señora y dueña la de los conquistadores; y, no obstante, el viejo leopardo ensangrentado, siguió vivo, calentando el cachorro de la redención futura en el frío cubil de sus montañas; y, de salto

en salto, de peña en peña, de collado en collado, pudo acercarse a arrancar con sus dientes pecheros y salvajes, las argollas de la servidumbre a hundir las zarpas victoriosas, fortalecidas por la fe y afiladas por la lima de acero de la voluntad, en el ijar de la conquista”.

Hombres sin fe, diría yo ahora, allí está escrita la desaparición de los pueblos y allí está escrito el problema internacional que nos agita.

Si Costa Rica es Costa Rica por su cuenta y por su riesgo, por su sangre, por su raza, por su cultura, nada importa que de cataclismo en cataclismo, se desmoronen o surjan los llamados peligros a su lado.

El carro de los tiempos puede rodar sobre aquel venturoso archipiélago mediterráneo, pero jamás podrá moler bajo sus ruedas los diálogos de Platón ni los discursos de Pericles. Pueblo que pensó y supo engrandecer su propio pensamiento, vive en el reino de la conciencia universal que es el reino de la inmortalidad.

Se ve el peligro yankee y se le señala con el dedo tembloroso y cobarde. Yo no veo sino un sólo, un grande y formidable peligro nuestro: el oriollo.

Este simpático sujeto *Juan Cedeño*, tan lindamente imaginado por don Elías Leiva y que

queremos por patriotería llevar dentro todos los costarricenses, hace lo que saben hacer los avestruces: meter la cabeza entre la arena para no ser visto.

Rusia no tuvo significación en el mundo culto mientras no se decidió Pedro el Grande a abrir una ventana sobre el Báltico para mirar a Europa.

Si *Juan Cedeño* pretende cerrar nuestras ventanas, morirá de asfixia este pueblo, que tiene ya su cultura, y necesita oxígeno para respirarla.

Si de fuerza armada se trata, yo no tengo ningún temor; la historia es elocuente lección de la fortaleza increíble de los débiles.

La voz del cantor llega a mi oído y repite la historia de España, esa España tan valerosa y tan grande y que tan hondamente tenemos olvidada en la maleta de nuestras vanidades, oídlo aunque os fastidie, mi querido Joaquín García se quejaba de la ignorancia de historia española:

“La Europa napoleónica vació sus huestes conquistadoras sobre los guñapos de España y España torció con sus harapos la codicia imperial. La bofetada le encendió los carrillos, bebió juventud, bebió energía en las fuentes del heroísmo, extrajo fuerzas de la misma debilidad de sus mujeres y, cayendo ensangrentada en Zaragoza y triturando en las calles guijarros con los dien-

tes, para matar sus hambres en Gerona, venció al enorme Corso coronado y abrió la brecha por donde iba a escaparse de la ergástula la libertad del mundo.”

Hagamos la fisonomía propia de nuestro pueblo y nada ni nadie podrá borrarlo de la historia ni del continente.

Pero entendamos que la fisonomía propia de un pueblo no se forma cerrando las murallas de China sino como se han formado todas las fisonomías y todas las civilizaciones: asimilando y desasimilando. Tal como se forma y crece todo en el laboratorio de la Naturaleza. Arbol que deja caer sus hojas amarillas y siente las inquietudes del renuevo.

No en balde pasan los pueblos sobre la tierra en largas romerías de pensamiento y de acción y no se comprende en el momento actual una civilización que excluya las ajenas.

Ese pueblo americano, que tanto tragín nos está dando, tiene su fisonomía propia, pero no es en modo alguno homogéneo, ni en raza ni en cultura.

Tiene una cosa de común que le distingue donde quiera: *se siente americano*.

Jamás estuvo cerrado.

De su inmensa y fecunda fusión de fuerzas,

que ha dejado llegar sin temor alguno, deriva el secreto de su grandeza actual.

Río formidable porque se ha formado con el acopio de todos los manantiales, recogidos en todos los senderos, donde quiera que brotó un ojo de agua, es decir, un ojo de sabiduría y de verdad: tal es el agua.

Nadie podría decirlo con mayor elocuencia que la del señor Brenes Mesén esta mañana.

Porque así lo siento, porque así lo entiendo, porque así lo creo, con alma, vida y corazón, yo, que, sin pensarlo, quise estorbar el sereno discurso de estas discusiones, vengo a traeros la gavilla que en este mismo trigal he venido recogiendo.

Y es que ahora sí sé, ahora sí comprendo, ahora sí siento lo que mi país necesita y lo que mi país quiere.

He escuchado de labios, los más elocuentes y los más doctos, la común, la íntima aspiración que anima a los conductores de nuestras juventudes. Celebro que separadas las opiniones en multitud de formas, por criterios diversos en los problemas internacionales, estén todas unidas en una sola, en una magna, en una elocuente cuestión: la cuestión del suelo.

Ahora sí veo, que ese árbol magnífico plantado

en la memorable sesión de ayer, desparrama sus brazos en muchas direcciones, según el huracán de pareceres, pero sus raíces descansan y se afirman en una cuestión segunda, sin resolver la cual nada puede hacerse en beneficio de la primera.

Permitidme que la aborde. A la luz de mi lámpara perderá su magnificencia, pero vosotros le daréis la vuestra.

* * *

Gentileza será que me concedáis permiso para ocupar la atención de esta Cámara un breve tiempo.

No vengo a traeros ninguna novedad. Al rededor de las viejas cuestiones, discutidas siempre, giran quizá los grandes problemas nacionales, y al decir así comprendo todos los problemas educacionales, ya que éstos forman el eje sobre el cual se mueve de modo más eficiente el organismo social.

Voy a decir a vuestra ilustrada consideración cosas que de sobra sabéis y que se relacionan con la segunda cuestión propuesta entre los temas educativos de carácter sociológico que el Ministerio sugirió como bases a este Congreso de profesores.

En vista de las necesidades económicas del

país,—dice la tesis,—cuál deberá ser la orientación que debe darse a la enseñanza secundaria? Hasta qué límites deberán introducirse en los colegios las enseñanzas que tiendan a esa finalidad?

Permitidme que la tome en dos partes, tal como aparece descompuesta.

* * *

En el pórtico mismo del asunto, surge esta consideración primaria: Qué se entiende por necesidades económicas del país?

Yo conozco mi país y lo amo sobre todas las cosas; de allí que sienta y vea, como sienten y ven todos los que en este mismo amor abundan,—que son todos los costarricenses,—sus grandes necesidades económicas.

Por razones de una fertilidad que no he de exponer ahora; por razones de una población que no exige todavía los grandes amontonamientos urbanos; por razón de la distribución agraria que no ha creado, sino en muy pequeña parte, los grandes acaparadores de tierras; por razón de las comodidades, y rendimientos de la agricultura, de que os haré gracia, se desprende y se sabe de sobra por todos, que la agricultura es el más inagotable venero de nuestra pública y par-

ticular prosperidad y por consiguiente, que la necesidad económica, capital y fundamental de Costa Rica, consiste en propender al desarrollo creciente de la producción del suelo.

* * *

Y cuál es el miraje del presente? Con honrosas y raras excepciones, que esta vez han de perdonarme la generalización, es éste: inmensas regiones enteramente vírgenes, donde sólo marcó su huella el explorador curioso en un raquíptico afán de estudio, pocas veces, y como un mero recreo las más. Sabéis de sobra que son las más vastas, las más fértiles y las más ricas regiones del país y no quiero detenerme, ni deteneros, en describir lo que parece cuento y es verdad de todos conocida. Tierras maravillosas y agradecidas que sólo esperan ser descubiertas por la línea de rieles y surcadas por el acero de un arado para llenar los patrios graneros con su copiosa ofrenda de espigas.

Eso de un lado. De otro la presencia de una agricultura enteramente rutinaria, que trabaja y elabora con procedimientos traídos por los abuelos de la conquista.

Agricultura que no sabe de las riquezas fecundas del abono, ni del abaratamiento de los sistemas de cultivo.

Agricultura que escoge la peor semilla para la siembra, que incendia todavía las tierras después de recogida la cosecha y a la que es preciso prohibir con leyes punitivas tan bárbaros sistemas, leyes cuyo alcance no comprenden nuestros labriegos y ante las cuales protestan desde el fondo silencioso de su alma.

Agricultura que se limita a dos o tres cultivos conocidos por rutina o por tradición, sin tener el valor de despegarse de esa tradición para ensanchar su esfera en otros cultivos altamente ventajosos que están relegados al abandono más completo.

País agrícola de 50,000 kilómetros cuadrados, que para mantener una población que no rodea todavía el medio millón de habitantes, introduce 1.364,000 kilos de arroz por valor de ₡ 233,654.00; importa 2.986,763 kilos de harina, por valor de ₡ 482,752.00; introduce tejidos de algodón por ₡ 1.003,654.00, teniendo tierras inmejorables para cultivarlos con ventaja; que compra manteca por valor de ₡ 310,066.00 al año, porque no tiene maíz para la crianza de cerdos, e introduce hasta el mismo maíz en cantidad de 486,958 kilos.

País agrícola que con excelentes maderas en sus bosques, consiente que se introduzcan los

muebles de esta escuela, porque no sabe preparar sus maderas en las condiciones de las extranjeras.

Tal es, señores profesores, a rasgos vigorosos, el miraje del presente para este país que tiene su porvenir en la tierra de cultivo, según lo habéis declarado. No exagero, bien lo sabéis porque a todos vosotros os consta, testigos sois de ello y nada nuevo os he dicho.

¿Y el porvenir habrá de ser siempre el mismo? ¿Es preciso esperar a que por sí sola nuestra agricultura incube esa evolución cuyas gestaciones empiezan apenas a inquietar el vientre de esta madre querida?

No. A mi modo de ver y de entender, la escuela nacional, que debe siempre satisfacer las necesidades de la nación, está obligada a amasar dentro de sus aulas esa evolución.

* * *

Nuestras juventudes miran con marcado desprecio las faenas agrícolas. Cuando es la hora de los discursos comprenden y sienten su manifiesto poder y entonces, bajo el peso de esa verdad patente, se pronuncian en elogio de la agricultura, pero frente al campo mismo no lo sienten así.

Juzgan las labores agrícolas como indignas de

su altura intelectual y sienten mal la mano encallecida del labriego que aprieta con brío su mano aterciopelada y frágil.

Se llega a los colegios deseoso de hacer figura, lo más ridículo pero lo más frecuente. Se busca la instrucción como un salvo conducto para llegar al doctorado y se mira como finalidad extrema y más alta, las leyes y la medicina; lo sostuvieron aquí mismo mis colegas muy distinguidos señores Dávila y Dengo.

Altas en verdad, señores, y ante ellas me descubro, pero si nuestra educación sólo pretende preparar doctores y aspiramos a que este país llegue a educarse, estamos amasando nuestro propio desastre.

Un pueblo de doctores sin trabajo y un suelo empobrecido por el éxodo de brazos y de inteligencias hacia los campos profesionales, no es, no puede ser un pueblo feliz.

Es nuestra única aspiración.

Todó campesinillo que sintió adentro arder la divina chispa, estudia y estudia para libertarse del rastrojo. Viene a la ciudad, pero no viene a nutrirse de ideas para volver después al patrio solar, con nuevas tendencias y orientaciones nuevas, a traer vigor y salud para la tierra.

Viene para abandonar por completo el rústico

rincón y acercarse a la ubre estéril de la ciudad sin comprender ni sentir que esa leche sabe mejor y es más sana bajo el oro del sol.

La ciudad se congestiona y el campo padece anemia.

Poco tiempo después, el campesinito que dejó la casa llorando de emoción, vuelve a ella con cierto dolor.

Ya su alma sencilla no admira a la madre por buena y al padre por honrado; ahora critica la rusticidad de uno y la ignorancia del otro.

Ahora se siente desligado de aquella casa.

Es un hombre superior, está muchos codos sobre la familia y no puede volver a ordeñar la vaca, como antes, sino que espere la leche en la cama.

El fenómeno se opera: aquel hogar que sumó un sacrificio a otro sacrificio para liarlos en su maleta de estudiante, no le ha ganado, le ha perdido, y le ha perdido para siempre. Mira a los hermanos ignaros con desprecio, les habla con humos de superioridad y resulta un peligro y un estorbo. Es preciso que se aleje, que vuelva a la ciudad. Ya no cabe en la casa de horcones, ni siente calor en el regazo de la madre cariñosa y sencilla.

Aquella cabeza encanecida que soñó con aca-

riciar la cabeza del hijo, comprende dolorosamente que sus rústicos dedos despeinan la melena de aquel hombre superior. Y el padre, que esperó aconsejar y dirigir aquella inteligencia, se encuentra con que el hijo le impone su voluntad y le corta la palabra porque no es así como debe decirse en buena lengua... como si buena no fuera siempre la lengua del cariño.

Señores, esto no es pintura de mi paleta, todos lo hemos visto al doblar la esquina, y ésto es un mal grave. Así vamos acabando con lo más santo y lo más grande que mi tierra tiene: La familia rústica.

Esta emigración del campo hacia las ciudades es peligrosa y es alarmante.

La ciudad roba al campo todas las energías y todas las inteligencias y nada le devuelve en cambio. El campo está empobrecido y anémico mientras la ciudad se congestiona.

La escuela tiene que devolver al campo lo suyo perfeccionado no en vanidad y en humo sino en esfuerzo y en vigor.

Yo no puedo, ni nadie puede, ni quiere, ni ha pensado, oponerse a que vengan del campo a la ciudad las buenas inteligencias; pero convengamos en que nuestro actual sistema de educación no está seleccionando lo que es verdaderamente

seleccionable, sino que acepta todo lo que venga. A nosotros, que estamos con las manos en la masa, nos consta qué facilidad tan grande hay para entrar a los colegios y salir de ellos titulado sin haber abierto la inteligencia ni el corazón a los grandes problemas de la vida.

Por otra parte, un título de nuestros colegios es casi siempre una renuncia de la tierra, porque sólo es puerta para entrar al templo de las profesiones llamadas liberales.

Y como no todos resultan eminencias y la plétora es cada vez mayor, se aumenta en número fabuloso el cociente de adocenados.

Consecuencia obligada, la desmoralización profesional.

Médicos conozco y abogados conozco cuyos conocimientos en la materia que profesan se limitan estrechamente a los principios generales cogidos al acaso en el hemicycleo de la universidad o en los bancos de la Escuela de Derecho, sin que una revista, un libro, una experiencia, un procedimiento nuevo lleguen hasta su mesa de trabajo.

Se va así de mal en peor hasta que estas clases superiores, tenidas siempre como defensoras de la hacienda y la salud pública, vayan cayendo en concepto de clases merodeadoras del talento, que

especulan con unas cuantas recetas o procedimientos mal aprendidos pero hábilmente explotados.

Se mueren muchas gentes en los campos de Costa Rica por la incuria y la negligencia criminal de médicos del pueblo que, pagados por el Estado, no creen deber suyo atender la salud de los desheredados. Esto es inmoral y desconsolador, pero es verdad.

La ciudad roba brazos e inteligencias al campo y luego le registra los bolsillos.

La enseñanza actual consiente en éso y aumenta indefinidamente el número de explotadores en perjuicio de los explotados.

Volvamos los ojos al suelo. El surco quiere hombres, reclama escuelas.

Quiere la tierra que la inteligencia se cultive también para su servicio. Que los jóvenes que estudian, la estudien, que no se limiten a poner los pies sobre ella, que recuerden la frase de Federico II: "Yo llamo hombres útiles a aquellos que poseen la ciencia de hacer producir dos espigas en vez de una."

El viejo y magnífico patriarca moscovita León Tolstoy, escribía a un joven: "Los habitantes de la ciudad, por lo común, consideran los trabajos del campo como una tarea baja. Y sin

embargo, la gran mayoría de los hombres del mundo entero es agricultora y es ella la que asegura la existencia de los demás hombres. En realidad la especie humana casi no se compone más que de agricultores. Los restantes: ministros, cerrajeros, profesores, carpinteros, artistas, sastres, sabios, médicos, generales, soldados, no son más que los siervos o los parásitos de los agricultores. Además, siendo, como es, la ocupación más moral, sana, alegre y necesaria, la agricultura es también la más noble de todas las profesiones y la única que en realidad procura la independencia de quienes no la olvidan."

* * *

Se ha hablado en estas Asambleas de criollismo, de un criollismo sabroso, con calor y con cariño expuesto por el señor Leiva, mi maestro de ayer y mi maestro de siempre; y ¿qué mayor criollismo que el que emana de la tierra?

¿Cuál es el secreto de *Juan Cedeño*, cuál el milagro del rústico pastor de Llano Grande? ¿Cuál su venero de energía y de felicidad constante? El rincón de tierra donde tiene escondida una semilla y donde espera ver cuajar una mazorca. Donde tiene un bosque amado, cuyos árboles conoce como a viejos amigos, y donde cuida

un rebaño de vacas que le conocen como a un viejo amigo.

Oíd la voz de CARLYLE: "Quién podría romper los vínculos que me atan a la colina sobre la cual vi por primera vez elevarse el sol cuando el sol y yo mismo y todas las cosas nos hallábamos en la aurora? Místicas y profundas, como el centro del mundo, son las raíces que he echado en mi suelo natal; ningún árbol tiene en el suelo raíces tan profundas. Desde el más noble patriotismo, hasta el más humilde mecanismo industrial; desde el acto sublime de morir por la patria, hasta los actos más vulgares, como extraer hulla o abrir una cantera, la vida toda de una nación depende de su suelo. Hay que decirlo y repetirlo muchas veces: no puede haber verdadera aristocracia si no tiene la posesión del suelo".

Se ha hablado aquí de arraigo, en otra conferencia, brillantemente sustentada por el Sr. Brenes Mesén; ¿y se puede esperar otro lazo más intenso, más fuerte, más definitivo para el arraigo que la posesión de una parcela regada con el sudor de nuestra frente y amasada con el poder de nuestro brazo?

El notable y sencillamente elocuente Robert INGERSOLL dice en uno de sus mejores y más briosos discursos: "Cada agricultor debe ad-

quirir en propiedad el terreno que cultiva y debe cultivar todo lo que posee. Los arrendatarios casi no pueden llamarse agricultores. No puede tener hogar, en el verdadero sentido de la palabra, el que no es dueño del fundo en que trabaja. Debe haber algún estímulo para sembrar árboles, para conservarlo y mejorarlo todo. El hombre que es dueño de su heredad se siente enaltecido. Adquiere cierta independencia, cierta fuerza de carácter que ninguna otra cosa le puede dar. El que no tiene casa propia se siente como pasajero y tiene impulsos de vivir errante. El hogar hace los patriotas. Los que han formado un nido para su mujer y sus hijos, en su propio suelo, sabrán defenderlo a capa y espada."

Se ha hablado aquí de idealismo por significados profesores de idealismo, mis distinguidos colegas Tovar y Dengo; ¿y podría pedirse otro regazo más santo y más fecundo para el aleteo de todo idealismo que ese silencio magestuoso del campo? Caben en su urna todos los vuelos, por que esa urna la forman todas las profundidades del cielo y todas las profundidades de la tierra, todos los misterios del corazón y todos los milagros de la inteligencia.

LUGONES, el más grande de los idealistas de América, en un capítulo de su obra maestra aca-

ba por decirlo de una manera encantadora: "La agricultura es un ramo científico, estético y moral a la vez. Constituye la base misma de la actividad humana y la más noble ocupación del hombre. Es el origen de toda ciencia experimental y también de varias artes. Moraliza al hombre vinculándole con la tierra, es decir, extendiendo su simpatía pues al fin de cuentas la moral no es sino simpatía en acción. El hombre, hijo de la Naturaleza, no conoce anhelo más alto que el de proceder como ella reproduciendo sus obras. A diferencia de los otros seres, encadenados en el ciclo de su actividad peculiar, la inteligencia que posee y cuyo distintivo supremo es la invención, le permite ejercer sus facultades en todos los reinos; y así como producir la vida es la tarea superior de la Naturaleza, él hace lo propio. Cultivar y crear son sus actividades más nobles."

Se ha hablado aquí de defensa nacional contra el peligro de una raza fuerte y absorbente, por todos mis distinguidos colegas. El Sr. Dávila notó, con el dolor de quien siente la herida, pero tiene el valor del cauterio, la falta de resolución y de valentía en nuestras juventudes, la vacilación y la debilidad de ánimo que nos amilana y nulifica todo esfuerzo. Manifestó

inseguridad hacia el origen del mal: no sé, dijo, si es étnico o educativo.

No puedo entrar ahora al fondo de la cuestión, como sería mi deseo, por ser, en estas consideraciones, muy de otro costal esa harina. Recuerdo sin embargo que somos de España, nietos de un tal Cortés que quemaba las naves del regreso, y de un tal Pizarro, que trazaba en el suelo con el filo del acero la línea de los valientes, el linde de la temeridad.

Que somos de España, la tierra de Ruy DÍaz y de Don Pelayo, la tierra de Don Quijote de la Mancha y de Don Juan Tenorio, la tierra resuelta y valerosa que no se amilanó ante nada ni ante nadie, así fueran molinos de viento aquí o convidados de piedra allá.

Es un mal de educación y es preciso, como decía el señor Dávila, fortalecer la voluntad en una disciplina vigorosa, generatriz de energía.

¿Qué copa puede ofrecer un vino más robustecedor y más energizante que esta virgen copa del campo que se abre bajo el incendio del sol, para esperar el repique de la lluvia y la sonrisa del retoño?

Se ha hablado aquí, por el señor Tristán, mi profesor también, cuya laboriosidad aplaudo, de que nada se había hecho hasta hace poco por

la agricultura en nuestras escuelas. Expuso brillantemente cómo aquellas aparatosas Escuelas de Agricultura, que se inauguraron a bombo y platillo, sólo fueron entusiasmos de espuma.

En un punto no estoy de acuerdo con mi distinguido amigo: él cree que no hemos sentido la necesidad de ser agricultores y espera que ese amor al campo, venga después, cuando el acicate de tales necesidades espolee el potro de nuestras juventudes,

Yo disiento. Penuria hay, necesidad se siente por todas partes, se respira en el aire.

Abundan en la ciudad buenos muchachos que ganan treinta colones pudiendo ganar cien, y abundan los que no ganan los treinta, pero—bien lo dijo mi buen amigo,—se manifiestan conformes como están. Tal vez querrían vivir en mejores condiciones, pero, como Tántalo, hundidos en el agua de su propia debilidad, ni estiran la mano para coger el fruto, si ese estiramiento significa esfuerzo.

Entre esos campesinos que él mira venir felices con sus alforjas al hombro a traer el diario, hay muchos que no pueden comprar dulce ni ponerse camisa, pero están conformes, como el señor Tristán lo dice.

Es falta de resolución, falta de energía. La ne-

cesidad existe. El tranvía que dijo el Sr. Tristán necesita motoristas, pero no queremos prepararnos.

El mejor camino se ha comenzado, dice. Lo dice él y yo no quiero ser pesimista.

¿Es bueno? Está bien; pero es tímido, es iniciación insensible que no va a pasar de serlo, que va a despegarse del carro educativo al primer viento que sople.

Yo aspiro a un franco, a un decisivo, a un valioso y valeroso empuje por esta orientación.

* * *

La historia es siempre elocuente y sabia lección. Al través de ella, las civilizaciones se van acomodando en las vegas de los ríos de China y de Indostán; las vegas de los ríos, que son las tierras de fecundidad.

Más tarde se recogen en la Mesopotamia, admirablemente creada y nutrida por el Eufrates y el Tigris.

Ved cómo el prodigio humano realiza milagros de poder y de belleza en aquel país, por Herodoto llamado *Dón del Nilo*. Y es porque, en medio del desierto, las lágrimas de Isis han levantado un valle, estrecho de doce a quince kilómetros, pero nutrido con limo riquísimo donde germinan dos y tres cosechas al año.

Ved como la Roma que ara el campo y almacena el trigo, se engrandece y culmina, y, luego, la misma Roma, alejada del surco y recogida en la ciudad, se envilece y se degrada.

La decadencia de Roma empieza cuando sus navas tienen que peregrinar a lo largo del Mediterráneo implorando la limosna de trigos extranjeros.

Ved como España, surcada por los canales de riego de los moros y convertida por el afán en huerta y en jardín, culmina y se engrandece.

Cuando, arrojada de la Península esta admirable gente morena, el fanatismo destruye el acueducto y el aljibe, y los labriegos, que el surco necesita, huyen hacia los campos de América, donde parece haberse encontrado el Bellocino de Oro, empieza la abrumadora decadencia.

Ved cómo los pueblos nómadas, que viajan a lo largo del continente, sin poseer una parcela donde plantar su tienda, van de un lugar a otro lugar, agitados por el huracán de su desgracia, molidos por la rueda de las civilizaciones y entristecidos por su miseria y su ignorancia.

Y, al través de todos los tiempos, ¿cuál es en definitiva el gran resorte que empuja a unos pueblos contra otros en hecatombes formidables? Id a buscarlo y casi siempre encontraréis que es en el fondo la posesión del suelo.

Poseamos esta tierra nuestra, enseñemos a nuestras juventudes a que aspiren a esta santa y redentora posesión de la tierra y habremos salvado la patria de modo más efectivo y más sincero.

*
* * *

Pero, señores, yo no tengo derecho que me asista para seguir martirizando vuestra atención con este lugareo común que todos conocéis; por respeto a vosotros que no por voluntad, voy a concluir.

Yo quiero, yo pido, yo reclamo que la agricultura, las ciencias naturales y los trabajos manuales tengan un gran fomento y una atención mayúscula en las aulas.

Pero no la agricultura teorizante que dicta leyes y leyes. La agricultura práctica al lado de la científica, o mejor, la agricultura científica aplicada en caliente. El ojo que ve y la inteligencia que guarda la visión.

Yo confieso que apesar de los muy valiosos esfuerzos de mis amados maestros en la materia, no aprendí gran cosa de agricultura. Ahora que la vida me ha colocado en presencia del campo mismo, ahora que he tenido ocasión de verlo y de hacerlo todo con estas manos y estos ojos míos, es cuando he adquirido verdadera con-

ciencia de estas cosas y cuando he aprendido a amarlas sobre todas las otras.

Porque es una simple o compleja cuestión de amor.

Desarrollemos en nuestros jóvenes educandos que vienen al colegio, amor al suelo, al rincón, amor al campesino, al idioma patrio, a la tradición, a la historia, a todo éso que forma el alma de los pueblos, la esencia de las patrias y que da paz, serenidad y arraigo.

No permitamos que cerca de nosotros sea verdad el desgraciado aforismo: "Nadie es profeta en su tierra". Que esa frase que resume todos los egoísmos, todas las envidias y todas las ingrati-tudes de los hombres, no tenga en nuestra tierra razón de ser. Seamos los profetas de nuestro patrio solar, que amándolo y trabaja-jándolo, bañándolo con el sudor de la frente pensadora, la tierra es una madre fecunda y generosa que revienta en espigas y en prome-sas por todas partes.

Yo no dejaré al pie de este trabajo conclusiones. No es mérito que pase a comisión, y si fuera, bien ilustrada y bien intencionada está ella para concluir mejor que yo.

A mi modo de ver el problema está en resolverse.

La preocupación educativa nuestra debe ser la de crear personalidades capaces de pensar y de hacer obra propia, de trabajar con el espíritu y con el cuerpo, no olvidando uno en perjuicio del otro, que a ambos venimos y nos vamos reatados en el misterio de lo desconocido.

Nuestra escuela debe orientar a los jóvenes hacia el campo de cultivo. Esto no es un lirismo; no canta ahora lo que hay de lírico en mi alma; habla lo que en mí es voz de realidad, de experiencia y de conciencia.

Ya lo dijo Jorge Washington "La agricultura es el más noble, es el más útil y el más saludable empleo del hombre".

Yo concluyo: Volvamos hasta la tierra, por que la tierra no puede volver hasta nosotros.

Descendamos de la pirámide de nuestra vacua superioridad pedagógica a la llanura de todos, con un humilde y fraternal amor a la tierra, que ella ha de recibir nuestras promesas cubierta de azahares, como una desposada.

Enero de 1917

Comentario de actualidad

Esta conferencia fué escrita en serenidad, es decir, en relativa serenidad.

El desastre económico provocado en el mundo entero con ocasión de la Guerra Europea, dejaba sentir en la hacienda y en el comercio de nuestro país su soplo fatal. Pero el peligro era relativamente lejano, o por tal se le tenía y no inspiraba sino pequeños temores que no se comprendieron con toda la claridad palpable.

Ahora esta conferencia tiene un interés de actualidad y es la razón por la cual han querido echarla a los vientos de la publicidad los editores de esta revista.

La guerra de Europa ha saltado a América o va a saltar de un momento a otro y el flagelo está literalmente ad portas.

Se siente ya de modo práctico lo que ésto significa.

La cuestión no se resuelve con artículos de periódico ni con leyes prohibitivas.

Bien venidos sean unos y otras, buenas intenciones traen y mucho puede hacerse, pero lo urgente es comprender la verdad del problema y ponerse a remediarlo.

Mi conferencia veía el porvenir; el presente

subraya mis conceptos pero pide acción inmediata.

El problema del país se resuelve si esta palabra tiene un valor efectivo: *Producir*. El país tiene que producir más de lo que consume para ser rico; pero ahora tiene, por lo menos, que producir lo que el consumo necesita.

Quizá esta precaria situación de ahora sea causa de una futura grandeza, porque hará que vuelvan a la tierra muchas de las energías que le han sido sustraídas.

Cualquiera se hace esta pregunta: ¿Si los Estados Unidos tuvieran que pedir a la United los barcos que tocan en Limón para concentrarlos, para armarlos o para ocuparlos en su comercio nacional, qué haría Costa Rica?

El caso es grave y complejo.

Yo estimo que se salvaría, por que, en presencia de esa situación creada, tendría que comprender todo lo que debe hacerse y empezaría a hacerlo.

Nuestro Gobierno ha dictado provisiones inteligentes para el caso y ha querido aconsejarse de los que más entienden en asuntos económicos y mayor ascendiente moral tienen en su provincia.

Tenemos que esperar mucho bueno de ese movimiento.

Yo sugiero algo:

Permítase el mercado libre, ésto es, que cada uno pueda vender en plazas públicas sin pagar impuestos municipales.

Regúlese el precio de los artículos de primera necesidad.

Esto va contra la libertad de comercio, pero en estos casos la libertad particular tiene que sufrir mengua en beneficio de los intereses generales.

Nuestro comercio sube los precios a tasas usurarias en artículos almacenados y que no se introdujeron en esta emergencia.

Cierto es que tales comerciantes tienen que cubrir sus créditos con un alto tipo de cambio, pero esa alza está sirviendo de pretexto para un abuso creciente. A todos nos consta.

El Gobierno puede limitar la ganancia del comercio, en esta emergencia, fijando un porcentaje racional, de acuerdo en esas circunstancias.

Es atentatorio y difícil, lo sé, pero la situación lo exige.

Las tierras abandonadas deben comenzar a cultivarse dentro de los dos primeros meses de invierno.

Las que no puedan ser cultivadas quedarán temporalmente bajo la administración de las Municipalidades.

Esas Corporaciones las distribuirán en par-

celas a personas que puedan y necesiten cultivarlas.

Pasada esta emergencia, el Gobierno dará aviso de la época en que esas tierras deben ser devueltas a sus dueños.

Es cuestión de reglamentarlo en forma.

Se dirá: se presta a abusos; pues bien, evitémoslos tanto como posible.

Se dirá: es difícil; pues bien, vencamos la dificultad tanto como posible.

La idea no perjudica a nadie y puede favorecer a muchos.

No creo que vengan las plagas de Egipto, pero la situación es difícil.

Esta disposición atenta contra la propiedad particular, pero sobre ella están los intereses generales.

El país debe producir por lo menos los granos que consume. Costa Rica hace años que importa arroz y maíz.

El hambre puede venir; con una gran cosecha de maíz Costa Rica no se muere de hambre. Los reos pueden cultivar muchas de esas tierras hoy abandonadas.

No concluiré este comentario sin dar una voz de aplauso de Supremo Gobierno, que ha dispuesto recoger los vagabundos de las calles para llevarlos a una zona agrícola, donde han de ocuparse en la siembra de cereales.



De un optimista a un pesimista

Sobre el propio andamio

AMIGO:

Aquí me tienes hace rato meditando frente a los últimos párrafos de tu carta. En el silencio de mi cuarto esas palabras tuyas, que leo en voz alta, van sonando como a cosa hueca y sin sentido.

No sé qué contestar; se me agolpan en tropel las ideas, inquietas y nerviosas, con deseos de salir todas a un tiempo.

Tienes concepto falso del valor.

Tú que tantas veces has sacado la cara por cualquier que esté caído; tú, que, con mucho de Quijote, te lanzas contra cualquier molino de viento que te estorbe el camino y que, agresivo a ratos, hidalgo a trechos, vas desfaciendo entuertos y abriendo la cabeza de muchos malandrines, ahora sientes miedo infantil al quedarte solo.

Paréceme que fueras el peor enemigo de tí mismo y no te atreves a encontrarte solo contigo.

Sin embargo, es la más hermosa soledad y la más hermosa compañía.

Por otra parte, ¿por qué te extraña todo éso? Es lo de siempre, es lo corriente, es lo humano.

Procesiones que llegan hasta el atrio y luego cada uno vuelve espaldas al compañero.

Pero, ¿a qué vienen esas lamentaciones?

Lee, en esa tu hora de desaliento, aquel hermoso libro que te envié el mes pasado. Libros como éste debieran formar tu biblioteca. Bellamente dice: "La idea más noble que puede grabarse en nuestro cerebro es la de que debemos lanzarnos en alma y cuerpo a la acción y al trabajo. El esfuerzo propio hace más bien al individuo que todas las fuerzas extrañas combinadas."

Oyelo bien: valerse por sí, sentirse a sí mismo, conocer el valor del propio brazo y el valor del propio pensamiento. Oír el golpear del corazón en el silencio de una sinceridad.

El secreto poder del agua estriba en éso: siente dentro su energía. Si es fuerza y fecundidad para todos, lo es porque esa fuerza le viene de adentro y no la ha pedido en préstamo a nadie.

* * *

Ahora vamos a saber cuánto vales tú solo. Yo te felicito por ese aislamiento.

Cuando esas gentes que te ayudaban vivían cerca de tí y te alentaban en todos tus empeños, he creído que mucha de tu energía era reflejo de la ajena, he creído a ratos que era energía incapaz de ponerse en pie por sí sola, me pareció con muletas y

claudicante, energía que necesitaba apoyarse en la opinión de aquéllos, como hombre que caminara apoyándose a las paredes.

No, a mi entender el valor y la confianza no deben venir de fuera para adentro sino de adentro para fuera, como en germinación, como en florecimiento. Todos tendrán fe en tí cuando tú mismo creas en tí y poseas esa suprema fortaleza. Toda grandeza tuya te vendrá de adentro. Si vives esperando la opinión ajena para realizar tu obra, estás perdido.

Esa opinión es un mar con todas las traiciones de su oleaje. Es de flujo y reflujo, es marea que viene para ofrecerte flores de espuma y que más tarde se aleja, chupando en su resaca, como ventosa fatídica, toda tu sangre hasta dejarte anémico.

La roca debe aspirar a más, a no temblar frente a ese vaivén de la marea.

Ser roca es el secreto.

Que una jauría se ha vuelto contra tí?; pues bien, ahora puedes pensar hondamente en el sentido del verso de Ovidio. Cuando Augusto le destierra y sus amigos le abandonan, el poeta dice profundamente sabio:

*"Donec eris felix, multus numerabis amicos,
tempora si fuerint nubila, solus eris."*

No desmayes.

Sé más fuerte que ellos. Te lanzan piedras por-

que los tiempos son unos mismos siempre. En todo camino hay piedras y manos que las arrojen. Es la eterna tragedia: un domingo se entra a Jerusalem con palmas y un viernes se muere crucificado por jerosolimitanos.

Santifica tu viernes, que es la mejor ocasión para abrir los brazos sobre esa misma cruz y decir la palabra del Maestro: "Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen."



Déjate de lamentaciones. Boabdil, llorando su pérdida Granada, es nota cobarde que oscurece la historia de los bravos morenos.

Por lo demás, ese suspiro del moro es leyenda de la imaginación hispana.

Te hallabas fuerte en medio de todos, cuando alzado en hombros por el común aplauso ibas engrandecido. Entonces sí creías en tí y te sentías fuerte, pero apenas te dejan, te evaporas como una sombra y alzas tu lamentación.

Pero, ¿qué estás pensando? Loco es tu entusiasmo de ayer tanto como cobarde tu lamentación de hoy.

Dice ese buen Smiles, que tú no lees: "Los hombres no pueden levantarse en masa como las montañas en las primitivas eras geológicas. Hemos de tratarlos como unidades; solamente por la

elevación de los individuos, puede lograrse la grandeza de las masas. Los hombres por sí mismos deben empeñarse y ayudarse, que de otro modo nunca lograrán llegar a la cumbre."

Viajero que pides prestado un bordón al caminante, pide también que te lleven la maleta.

No. Echate a cuestras tu propio morral, que al fin es tuyo, y corta tu bordón del primer árbol que encuentres.

No pidas lámpara para que te alumbren el sendero; enciende tu propia lámpara y con tu propio aceite.

Esos sesos son tuyos y no te los han puesto dentro por el lujo de llenarte el cráneo.

Hasta la debilidad es fuerza cuando se siente fuerza.

* * *

Tú posees fuerza, yo te sé, yo te pienso así y no hallo razón para verte sentado a la vera del camino. Alzate sobre tí mismo, no te apoyes en el hombro del compañero. Cada uno, dijo el poeta, es arquitecto de su propio destino. Pues bien, constrúyelo tú solo, no te encarames sobre el ajeno andamio.

Te quejas de la pedrea. Pues bien, sigue tu camino, no te detengas temeroso ante esos espantajos. Recuerdo ahora los árabes del cuento, alguna

vez leído no sé donde: Dos árabes iban para Meca; perros salieron al paso para ladrarles; uno siguió el camino y llegó al atardecer; el otro se detuvo para castigarlos y todavía está en camino.

Yo, sobre todo, creo que es un símbolo este otro pensar del filósofo. Niños de la aldea apedrean un naranjo.

—¿Por qué lo ultrajáis?, dijo el filósofo.

—¡Ah! Señor, porque son buenos sus frutos.

Esto no es simplemente un cuento, es quizá el cuento de siempre, cuento vivo.

Deja que lluevan piedras, tienes escudo, tu propia fortaleza, levántalo en alto y sonríe: así podrás engrandecerte.

El odio ajeno no nos haría tanto daño si fuéramos más fuertes que la ola.

Es una convicción. El odio es una gran serpiente. Nace en el corazón, extiende sus anillos y va dejando veneno a un lado y otro, pero un día, por fin, se enrosca en el propio corazón, lo estruja, lo ahoga y acabamos por morir entre los estertores de la asfixia.

Te repito otro antiguo apólogo: el rayito de sol ha caído en la ventana. Las malas gentes vienen para arrojarle encima espuertas de basura, pero el rayito de sol sube sobre el montón inmundo y por encima coloca la flor de una sonrisa en el búcaro de un triunfo.

Pues bien, todos tenemos derecho a esperar un rayito de sol en la ventana.

Teodoro Roosevelt, que para tí ni para mí es un filósofo, pero que para tí y para mí es hombre fuerte y victorioso, decía en alguna ocasión: "Un pueblo saludable sólo puede existir si los hombres y las mujeres que lo componen llevan vidas pulcras, vigorosas y sanas; si la educación de sus hijos dispone a éstos, no a esquivar las dificultades sino a tratar de vencerlas; no a buscar holgura sino a ingeniarse para arrancar el triunfo al trabajo y al peligro."

El ideal es ése. Bastarse solo, sin vivir esperando la ayuda ajena. Esa ayuda es de flujo y reflujo y está sujeta a todas las veleidades de la fortuna.

* * *

Es urgente tener fe en nosotros, en lo que podemos hacer nosotros mismos, no en lo que puedan hacer para nosotros.

Cada ayuda ajena es compromiso creado que cohibe el ejercicio de nuestras sinceras y propias opiniones.

Es preciso sentir que todo lo que valemos nos lo debemos.

Es hermoso crear; tal el alcance de la palabra poeta: creador.

Poder decir: ésto lo he hecho yo, yo solo.

Pero hacerlo en el verso y en la vida. Vivir el verso, vivir la propia creación.

No es conveniente encontrar las cosas hechas, es preferible hacerlas.

En terreno llano y fácil el agua parece muerta. Cuando le estorba una roca, un atajo, dice toda su energía; entonces se corona de espuma y salta como muchacha joven. Sólo así sabe lo que vale.

Estos aislamientos que te abruman son piedras de toque.

¿Eres oro o similar? Vamos a saberlo ahora que te quemas en ese crisol.



Siempre vivimos quejosos de la inercia enfermiza de estos pueblos y no nos detenemos para pensar que mucha de la culpa es nuestra.

Las virtudes y defectos de los pueblos son resultante obligada de las virtudes y defectos de los individuos que los componen.

¿Cómo pedir pueblos sanos y fuertes si vivimos enfermos, mordiendo nuestra propia debilidad?

Antes que pedir la redención de un pueblo, redimámonos dentro de nuestro pequeño castillo.

La grandeza particular del individuo es generatriz de la grandeza general de la patria.

Lo urgente es pensar que somos capaces de grandes cosas y empezar a realizarlas.

¿Cuándo? Hoy, ya.

Hacer, hacer, ésa es la palabra. Hacer lo que podemos, lo que sabemos, lo que debemos hacer.

Todo lo pasado carece de valor si no es base sobre la cual ha de levantarse el monumento del futuro.

Me alegro de todo corazón al verte solo; ahora sí podrás seguir tu camino con todo corazón.

Esa soledad aires de vida trae; respíralos.

Antes, el triunfo o la derrota eran de muchos; hoy te pertenecen a tí, a tí sólo.

Estás solo, pero solo contigo mismo y nadie podrá acompañarte más sincera y más constantemente.

Sabremos cuánto vales. ¿Oro o similar? Qué mate en el crisol y lo diremos.

Leamos juntos a este divino Carlyle: "Lo que tú buscas está en tí. Césa de ser caós; sé mundo, o siquiera un diminutivo de mundo. ¡Produce! ¡Produce! Aunque no sea más que la miserable fracción infinitesimal, ¡prodúcela, por Dios! ¡Muestra todo aquello de que eres capaz! ¡Arriba! ¡Arriba! Todo lo que tu mano pueda hacer, hazlo con toda tu fuerza."

Ni una palabra más. Te abrazo.

Menosprecio de corte y alabanza de aldea

AMIGO:

Viene tu última carta como pájaro sorprendido por el vendaval: con las alas caídas y el ojo sin brillo.

Si pudiera leerla a mis hermanas y a tu prima, estoy seguro de que no creerían que es tuya.

Tal carta pudo ser escrita por un viejo achacoso, que, sonando el bordón sobre la acera, caminara tembloroso, cargado de años y de angustias. Es carta de sesentón en quien la vida es más una carga que otra cosa.

Nadie podría adivinar tras de ella la silueta de un mozo robusto y decidor como tú.

Te agobias por todo, de cada átomo vas haciendo un mundo para echártelo encima, cuando el secreto es otro: hacer de cada mundo un átomo para metérselo en el bolsillo.

Quien te lee, creará que otra vez se han levantado los titanes contra los dioses, que has

tomado el partido de Atlas, y Júpiter te ha cargado el mundo a las espaldas.

Vamos, deja de ser niño y sé hombre.

No vengo a discutir contigo acerca de la obligación en que estamos de buscar alegría para irla poniendo a lo largo de este valle de lágrimas.

Ya sabes que soy un epicúreo de pies a cabeza; pero no como hoy entienden y maltraen las ideas de este viejo, sino por su divisa pura: "placer sano como fin supremo del hombre." No buscado en el desfreno de las pasiones sino en los goces del espíritu.

No un puerco de la piara como pretendió Horacio, pero sí la camisa del hombre feliz.

No quiero discutir contigo cuestiones filosóficas, que ni me habrías de soportar ni están en mi programa; te mando un caballo como suprema razón, un caballo para que vengas una tarde de estas a vernos.

Pero no a vernos hoy para escaparte mañana. Prepárate todo lo que quieras, por que cuando llegues te dejaremos un mes siquiera en rehenes.

* * *

Este campo te hará bien. Tu carta es de enfermo y precisa que te pongas seriamente en cura.

Esa vida ciudadana te tiene enfermo.

Ese no salir de las redacciones, hilvanando con paciente aguja cuanta noticia recogieron en la calle, en esa calle donde rueda toda la intriga y todo el asco de las gentes.

Ese andar cotidiano a lo largo de las avenidas rectilíneas y estrechas, asomado a las vitrinas de las librerías o leyendo los reclamos del comercio.

Ese mirar siempre las paredes que se estrujan, como si quisieran ahogarnos, las casas que se codean, como en afán de acomodarse. Ese eterno oír la sirena de las fábricas, el voceo de la lotería y el rodar de los coches.

Todo éso enferma, se va metiendo en el espíritu y lo cansa y lo agobia.

Es preciso que te escapes este mes de enero para que te vengas.

Este mes es de aire fresco y de agua clara, vente a respirarlo con el pulmón ansioso y a beberla en el labio mismo de la roca.

Aquí tu tristeza de ahora habrá de evaporarse como por obra de encantamiento.

Estas mañanas soleadas y estas tardes plácidas no permiten que esa niebla del alma se aposente.

Te hace falta alzar los ojos para ver un po-

quito de cielo, pero de cielo puro, sin nubes y sin humo. De cielo azul, abierto y libre.

No te voy a pintar las bellezas del campo. Este campo, este sol, estos maizales. Este aire, estas aguas, estas flores, todo ésto, no es para dicho sino para vivido.

Vente a vivirlo en este mes de enero en que todo está florecido y verde como en una eclosión de vida y de belleza.

A tí te falta éso.

Tus cartas traen ahora tristeza indecible. A ratos paréceme que te estás poniendo pálido, que te has dejado crecer la melena y hundir los ojos.

Que el insomnio, como un vampiro, te roba un poco de sangre todas las noches.

Ese pensar constante, ese meditar de siempre, esa pobre cabeza eternamente empeñada en resolver problemas irresolubles, todo éso está provocando en tí un grave agotamiento.

Te aplico la receta que nos dejara José Anunciación y que no supo aplicarse el pobre:

“Váyase Ud. a trabajar de lleno en una fragua negra y encendida, o en un bosque espesísimo y sereno; machaque hierro hasta arrancarle chispas, o tumbe viejos troncos seculares y logre que lo piquen las avispas.”

Claro, así, así, en el corazón del bosque; chis-

peando en el aire el hacha sonora que dice un himno de salud y de triunfo.

Jadeante, sudoroso, con el cabello en desorden y la cara encendida por los besos del sol, pero el corazón saliéndose del pecho y dando volteretas como ternerillo que jugara en el potrero.

*
* *

Yo a ratos quisiera en este campo ser como el Mowgli de Kipling para entrarme a discutir con las panteras y los osos en la Peña del Consejo; o ser Toomai para cabalgar sobre el lomo de Kala Nag y asistir, en el silencio de la noche y de los bosques, a la maravillosa danza de los elefantes.

Tú sales de vacación, pero te vas a Puntarenas, a hacer tu vida ciudadana de siempre: a meterte en el hotel, a leer los diarios, a fumar en los clubs, a oír chismes, a discutir de política.

Todo ese yodo y esa sal que te entra por las narices ávidas, se queda en mitad del camino o se te escapa discutiendo acerca de la Guerra Europea.

Vente aquí, aquí a este monte donde no viene correo ni hay telégrafo, donde no hay más gentes que ñor Florentino y ña Ramona, con quienes

podrás darte el lujo de discutir sobre cosas que tú no entiendes y que en ellos son la "gaya ciencia": la guerra contra los tepescuintles que se comen las papas o contra el tijo que desgrana el maíz.

Y es aquí guerra tan importante como la de Europa. A estos bichos les arman toda una campaña llena de ingenio y de sagacidad como si hubiera una verdadera táctica y estrategia escrita y comentada.

Vente a beber leche, pero al pie de la vaca, en cuclillas en este corredor campesino, oliendo este aroma especial del forraje, de la leche caliente, del ternero, de la vaca, de todo ésto.

Vente al Ciruelas para que le oigas cantar esa romanza eternamente igual y eternamente nueva. Queja, elogio, canción..... quién sabe qué. Música de agua que suena a todo, según la cuerda que nos mueva por dentro.

* * *

Déjame ahora abrir este bello "*Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea*" de Fray Antonio de Guevara: "O bien aventurada aldea y bien aventurado el que mora en ella, a do cada uno se puede poner libremente a la ventana, mirar desde el corredor, pasearse por la calle, asen-

tarse a la puerta, pedir silla en la plaza, comer en el portal, andarse por las eras, irse hasta la huerta, beber de bruces en el caño, mirar como bailan las mozas, dexarse combidar en las bodas, hacer colación en los mortuorios, ser padrino en los bateos y aun provar el vino de sus vezinos.”

Por que en verdad, amigo, has de saber que: “Es privilegio del aldea que bivan los que biven en ella más sanos y mucho menos enfermos; lo qual no es assi en las grandes ciudades, a do por ocasión de ser las casas altas, los aposentos tristes y las calles sombrías se corrompen ayna los aires y enferman más presto los hombres. O bendita tú, Aldea, a do la casa es más ancha, la gente más sincera, el aire más limpio, el suelo más enxuto.”

Y sobre todo, hombre, que todo éso se puede hacer y gozar “sin que nadie pierda su auctoridad ni aventure su gravedad.”

Tú eres un eterno enamorado de lo clásico. ¡Qué encantadora grandeza para decirlo todo! Vente a leer conmigo en este libro de Guevara, cuando, rendidos de agitar el monte, en la noche serena hagamos tertulia con mis hermanas y tu prima.

Vén, te esperan con regocijo. Hoy ha sido una fiesta cuando les anuncié que escribiría llamándote.

Dos paseos tienen ya listos y planeados.

Te piensan llevar donde Antoñico para ponerte en ridículo; no te escaparás.

Este Antoñico es un pobre aldeanillo que dice cuartetas sacadas de la cabeza y acompañadas del acordeón.

Pero tiene una habilidad admirable. Improvisa cada barbaridad que da frío y mientras uno redondea la cuarteta le lanza él veinte pullas, con sólo encontrar el consonante. Pero pullas de esas que hacen reír a todos y a uno lo dejan corrido. Sal ingenua y nativa que da escozores inocentes. Tú que eres poeta, o que al menos por tal te tienen aquí, y que tanta broma das a las muchachas con versos de caramelo, te vas a encontrar con la horma de tu zapato.

Se piensan vengar de tí, echándote a la arena con este rústico gladiador, más poeta que tú y que todos los poetas.

Prepara pues en la maleta, tu equipo lírico.

Estas muchachas son crueles, te piensan crucificar; pero es que a la larga quieren que vuelvas redimido de esa maldita tristeza que te está poniendo en los lindes de la neurastenia.

Con que te esperamos mañana para empezar tu viacrucis.



Sentirse vivir

AMIGO:

Me parece entenderte. Aunque en tu carta hay un mundo de problemas apenas planeados, apenas iniciados, me quedo con el que me ha parecido capital en ella.

Te manifiestas desconsolado de la enseñanza actual y la juzgas fracasada porque no puede mostrar en sus bachilleres y en sus maestros normales el tipo de aquellos bachilleres de antaño, que se exponían a ser preguntados en todo lo que pudiera preguntarse acerca de metales y metaloides.

Lo crees argumento decisivo e incontestable y me lo plantas en tu carta como a modo de reto.

Pues bien, recojo el guante.

No estamos de acuerdo ni en el fondo ni en la forma.

El argumento es flojo.

En la forma no lo acepto porque todo él descansa sobre mera suposición.

Se dice que no se encuentran hoy bachilleres capaces de tal hazaña, y yo insisto en creer que sí los hay.

Yo sí encuentro a mi lado jóvenes capaces de resistir esas pesquisas mentales tan caídas en desuso.

Tú también los conoces: juntos estuvimos en aquellos bancos del colegio, nunca olvidados, y viste como yo, crecer y engrandecerse a nuestro lado cerebraciones muy capaces de éso y de otras cosas de más momento.

Ahora te ofuscas en creer que la observación has de sacarla de la masa, y ése es grave error.

La masa entera fracasa en tales pesquisas, pero sobre la masa se alza el individuo que responde en ellas. La masa es la medianía y hay que convenir en que forma el grueso del ejército escolar, de ahora y de siempre. Decíanos un antiguo maestro estas palabras que son verdad completa y que recordarás como yo: "En cada grupo humano, llámese escuela, corporación, sociedad o como se quiera, viven tres órdenes de hombres. Comparando la agrupación con un carro, hay unos que tiran de los timones, son los que llevan hacia adelante el vehículo y ponen para llevarlo todo el contingente de su inteligencia y de su corazón; son desgraciadamente los menos. Otros sólo atinan a subir sobre el carro y se dejan llevar, cómodamente, con regocijada inmovilidad; pasajeros que vegetan sin esfuerzo

alguno; son los más. Todavía otros quedan rezagados para ir en las ballestas, y, de cuando en cuando, se aferran en detener el carro; son los retrógrados."

Pintoresca comparación que yo recuerdo por lo gráfica y por lo viva.

¿Cómo has de querer que toda esa gente que sale de los colegios vaya a tirar de los timones?

Busca en todos los tiempos y en todos los grupos y distinguirás seguramente el núcleo de muchachos o de viejos que va adelante.

El error está en creer que son los más, siendo los menos. No es, pues, justo buscar fracasos examinando los pasajeros del carro o los que van en las ballestas.



Te empecinas en que todo tiempo pasado fué mejor y te parece imposible hoy lo que ayer fuera posible.

Desconfías demasiado de nuestras juventudes, que están dando y han dado frutos de tanta valía y tan copiosos como en lejanos tiempos.

No entraré en la manía de nominar, pero no creo tampoco que necesites la linterna de Diógenes para encontrarlos.

Raros son, es cierto, como raros fueron y raros serán.

Es precisamente esta rareza lo humano y lo corriente.

In illo tempore había muchachos que apenas bachillerados podían emprender la nivelación y trazado de una carretera, dices ahuecando la voz.

Pero éso no es privativo de aquella *dichosa edad y siglo dichoso*. Son también ahora muchos los que pueden hacer y hacen cosas tales.

Tú lo sabes, pero cierras los ojos ante la evidencia.

No hay que aferrarse tanto a la idea de que todo tiempo pasado fué mejor.

A veces no es más que un esptjismo o una preocupación.

Si vieras con ojos de más piedad la labor de los jóvenes, encontrarías mayor mérito en ella, y no te dejarías sorprender por un sofisma que te ha bebido los sesos. Sin que ésto sea adulación, tú no puedes decirlo, joven pesimista, si te miras mejor.

Te repito que de nuestras aulas ha salido enorme masa de nulidades y de medianías como ha salido de las aulas de todos los colegios y en todos los tiempos; pero no podrás negarme que han también salido jóvenes distinguidos, cuyas aptitudes no están para medidas en examen de metaloides, según tu decir, pero que pesan y valen mucho en la actividad social de ahora.

* * *

Te acepto que falta un poco de lastre en nuestro globo pedagógico y que lo veo subir muy sobre el aire sin gran peso. Lo quiero más terreno, más humilde, y avvicinándose más a la tierra, que al fin terreno es.

Te acepto que haya que poner más base científica y filosófica en la preparación de nuestros jóvenes; yo no me empecino.

Y no me empecino porque lo he sentido dentro de mí. Al salir del colegio sentí falta de muchas cosas sustanciales que he tenido que ir adquiriendo muy lentamente.

Jamás podré perdonar a mi país que no me enseñara latín.

Todo se me ha trastornado con esa ausencia.

En ese último Congreso de Profesores reunido en la Escuela Normal, recordarás que se ponía en discusión si debe o no enseñarse latín en los colegios, cosa que no se discute en parte alguna.

Recordarás que sólo se le estimaba, en la opinión de muchos, como mera gimnasia intelectual.

Sin embargo, ese idioma muerto y sin trascendencia para nosotros los que pretendemos ser hombres prácticos, es alma mater en los estudios

de los Estados Unidos, de Alemania, de Inglaterra y de todos esos países que por cultos se tienen y que van a la vanguardia de éso que han dado en llamar sentido práctico de los pueblos.

Y hablo de este sentido por que el clamor de hoy parece estar llamando a gritos hacia ese sendero.

Contribuyamos todos, serenamente, a lastrar esta enseñanza con nuestro humilde grano de arena, pero dejemos de lado todo ese personalismo que estorba y nulifica las mejores intenciones.

Es costumbre aquí no ver el alma de una reforma, sino preguntar quién la pide.

Es no alejar la idea del hombre nos ha empequeñecido y no es otra la causa de esta chatura intelectual en que vivimos.

Venimos de hace años creando obra efímera, exótica o indígena. Haciendo hoy para destruir mañana, sin que un ideal más serio solidifique la obra sobre base más estable, y haciéndola que caiga deshecha o fragmentada apenas ha caído un Ministerio; sin que brújula alguna marque rumbos en este mar siempre revuelto por tempestades de ocasión.

Por que en el fondo de estas aguas siempre aparecen los intereses del momento a los cuales vivimos reatados.

* * *

Todo éso te acepto, y bendigo tu empeño en que traigamos a discusión tamañas cosas.

Pero, para limitarme a la idea capital que tu carta informa, no puedo, ni quiero, ni debo admitirte como norma adelantada el tipo de esos bachilleres sabihondos en achaques de metales y metaloides, o en cosas por el estilo, según tu decir.

Es cierto que en recientes discusiones se ha alzado como bandera el nombre de personalidades altas y distinguidas en el patrio solar, cuyo talento nadie discute y cuya ciencia nadie pone en duda. Pero convengamos en que se está buscando lo mejor de entonces y lo peor de ahora.

El parangón no es justo ni resulta lógico.

Ese pesa licores que tú crees formidable, no tiene tanta fortaleza.

Nunca he pensado que fueran mis mejores alumnos aquellos que más cosas llegaron a aprender.

Tuve uno, sobre todos, casi extraordinario, uno de esos que son capaces, aun en estos días, de resistir esas inquisiciones mentales, y te digo sinceramente que no tengo fe en él.

Quizá sea más útil abrir la inteligencia a todas las aguas, que llenarla con unas.

Despertar devoción es algo más que enseñar el "Todo Fiel."

Despertar amor a la ciencia, que es el único secreto para llegar a poseerla en la medida de nuestras fuerzas, me parece más saludable. Hacer sentir, no la llenura de la mente saciada, sino la oquedad deseosa de saciarse.

El horror al vacío que echó abajo la física de Torricelli pero que debe crear la nueva pedagogía.

No hacer pensar que se deja en la cúspide, porque entonces es inevitable comenzar el descenso. Dejar la convicción de que se queda en pleno flanco para que cada cual suba o baje, según propia voluntad.

No tener como fin un título; no el bachiller que se cree suficientemente nutrido y cierra el libro apenas se cierra tras él la puerta del colegio. No el médico o el abogado que se diploma y hace alto, creyendo que donde él paró, la ciencia se detuvo también, y que se deja sorprender en esa actitud de estatua por inevitable muerte intelectual.

Nada me ha sido tan desconsolador como el oír esta confesión frecuente:

—Cuando salí del colegio sabía todo éso, ahora no puedo recordarlo.

Oh maldita recitación de cosas, que no creó nada, que no dejó sino una lista de palabras sin sentido!

Nombres sin idea, nombres que entraron y salieron inútilmente por las salas de la bóveda craneana. Que no dejaron dentro nada de su esencia y apenas sí el ruido de sandalias con que desfilaron en el último examen para alejarse sin regreso.

No tengo fe en cantidades, más creo en capacidades; no confío en los que tienen tesoro sino en los que son capaces de acumularlo.

El hombre, en mi sentir, no vale por lo que posee sino por lo que puede poseer.

Qué es en realidad el presente? Algo que puede encajonarse dentro de cuatro paredes, algo que puede abarcarse extendiendo los brazos.

El porvenir es más que éso.

Desarrollar capacidades es obra más honda y más sabia que dar conocimientos.

No quiero pensar en cerebros como recipientes repletos, sino en las amplitudes del recipiente, llenándose poco a poco, pero llenándose siempre.

Vida de constante sedimentación y de constante erosión. Aguas vitales que arrancan granos de tierra y traen de lejos otros granos de tierra.

Sentirse vivir en constante renovación.

Por éso, más que en tierras sembradas y listas para la siega, pienso siempre en tierras preparadas para recibir semilla.

Que no sieguen sino los que han de sucedernos, cuando la muerte nos deje mudos, como dijo Silva, con un puño de cal entre la boca.

